

OPUSCULUM QUINQUAGESIMUM. INSTITUCIÓN DE UNA MONJA. A BLANCA, DE CONDESA A MONJA.

ARGUMENTO.

Instruye a Blanca, una mujer nobilísima que, habiendo dejado riquezas, hijos y todas las cosas queridas, se retiró a un monasterio para servir a Dios, con preceptos prudentísimos y consejos saludables, señalándole con el dedo lo que debe evitar y lo que debe buscar. Y primero, como una guerrera aún inexperta en las luchas espirituales, la arma con un arma muy aguda; mientras la exhorta a recibir con fortaleza la pobreza, las angustias y las tribulaciones que deben soportar los que militan para Dios; y así persuadirse de que los amados de Dios son agitados en este mundo por diversas tormentas hasta que, entrando en el puerto de la patria felicísima, disfruten de la eterna tranquilidad. Luego, deseando llevarla a un estado más perfecto, la invita a amar a Dios con toda la intensidad de su mente. Después, para prevenir las insidias del demonio, le muestra el escudo de la contemplación de la muerte. Aún la reviste con armas más poderosas, proponiéndole ante los ojos la imagen del juicio final extraída de los tesoros de la Sagrada Escritura, y la inflama para que lo medite continuamente. Finalmente, considerando que está suficientemente protegida por el escudo del temor, la conduce de nuevo por el camino del amor a la patria de la felicidad de aquella contemplación sempiterna, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre.

A BLANCA, antaño condesa, ahora unida al celestial Esposo, PEDRO, monje pecador, júbilo del corazón en el Espíritu Santo.

[INSTITUCIÓN DE UNA MONJA.]

CAPÍTULO PRIMERO. Exhorta a Blanca a recibir con fortaleza las angustias y la pobreza.

Me acerco a las bodas reales para festejar, deseo ver los tálamos adornados con oro y gemas; ansío con avidez ser saciado con los manjares nupciales. Por tanto, que se traigan de todas partes los dones místicos; que no falten los ornamentos proféticos y apostólicos en tan excelsas bodas. Que nuestro Isaías evangélico salga ya al medio y ofrezca generosamente lo que ha preparado, a saber, el adorno de los calzados, las lunas, los collares y los colgantes, las pulseras y las mitras, los adornos para el cabello y las ligas, las cadenillas y los frasquitos de perfume, los pendientes y los anillos y las gemas colgantes en la frente, los vestidos de cambio y los mantos y las telas de lino, las agujas y los espejos y las sábanas, las cintas y los velos. Todos estos deben ser conferidos a las bodas espirituales y diligentemente adaptados a la nueva esposa, para que pueda agradar a los ojos del verdadero Esposo. Con estas diademas adornada, con esta variedad de ornamentos estaba compuesta aquella reina, a quien el Salmista contempló, diciendo: «La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad» (Sal. 44). Se celebraron bodas en Caná de Galilea: y como testifica el Evangelista, Jesús fue llamado a las bodas con sus discípulos (Juan 2); pero como padrino, no como esposo; como invitado a comer, no como quien se casa. Estas bodas superan a aquellas con tanto privilegio, que aquí Jesús con razón se cree no ser amigo, sino esposo. Y porque el que se une al Señor (1 Cor. 6) es un solo espíritu, este esposo no solo se une a la esposa, sino que se une, y de esta unión no nace corrupción, sino que más bien se restaura la cláusula de la integridad. Allí Jesús convirtió el agua en vino; aquí el mismo Jesús se hizo vino y alimento. Alimento, porque él es el pan vivo que descendió del cielo (Juan 6); vino que alegra el corazón del hombre (Sal. 104); su Espíritu es del que nuevamente dice: «Tu copa embriagadora, ¡qué gloriosa es!» (Sal. 22). El Espíritu de Dios embriaga a los montes de los hombres, para que, como si estuvieran fuera de sus sentidos, rechacen las riquezas de este

mundo, los honores y la gloria, y se enciendan con deseos ardientes para soportar por Dios cualquier cosa dura o áspera. Con este mosto estaban ebrios aquellos a quienes los judíos, verdaderamente dementes y furiosos, decían: «Estos están llenos de mosto» (Hechos 2). Con este mosto estaba lleno aquel hombre de los hijos de los profetas, a quien Eliseo había enviado a ungir a Jehú como rey, de quien dijeron los sabios locos: «¿Por qué vino este loco a tí?» (2 Reyes 9). ¿Y qué maravilla si estos, que son hombres puros, cuando se llenan del Espíritu divino, son juzgados locos por los sabios de este mundo, y por eso verdaderamente insensatos? cuando el mismo que es maestro de los ángeles fue dicho que tenía un demonio (Juan 8); más aún, como testifica el evangelista Marcos, se pensó que era frenético. «Vino, dice, a casa, y se reunió de nuevo la multitud, de modo que no podía ni comer pan; y cuando lo oyeron los suyos, salieron a prenderlo: porque decían que estaba fuera de sí» (Marcos 3). Esta embriaguez del Espíritu Santo también tú, oh venerable señora, la concebiste con mente sana cuando decidiste abandonar el mundo: y, como sacudiendo las alas de una paloma sencilla, volaste al nido de los inocentes y sencillos, diciendo entonces: «¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré?» (Sal. 54). Ahora también cantando con seguridad: «He aquí que me he alejado huyendo, y he permanecido en soledad, esperando a aquel que me salve de la pusilanimidad del espíritu, y de la tempestad» (Sal. 54). Esta embriaguez te impulsó a despreciar derechos amplios y fecundos en abundantes frutos, a declinar las fortificaciones de torres y castillos, a rechazar la cercanía de parientes dulces y el afecto de los criados, y lo que de todo esto es lo más grande, a renunciar a tu único hijo, aún joven y sin el consuelo del vínculo conyugal, y, habiendo aprendido a caminar rodeada de filas de clientes, ahora has aprendido a residir humildemente en el rincón del monasterio con las mujeres pobres del Espíritu Santo. Esta sobria, por así decirlo, embriaguez te enseñó a elegir vestiduras de lana en lugar de lino, y vestiduras oscuras y despreciables en lugar de púrpuras y brillantes. Esta embriaguez te persuadió a posponer las harinas de trigo y los platos llenos de manjares, y a restringirte a la medida de una libra de pan común. Esta embriaguez hábil y casta te incitó a que, disfrutando del primer florecimiento de la juventud, habiendo quedado viuda, no aceptaras a pretendientes tan ilustres y magníficos, no, como todo parecía instar, repitieras los tálamos; sino que, viviendo ya solo para Cristo, te mostraras muerta al mundo. En verdad, como una hábil comerciante atenta a las mercancías vendibles, arrojaste el mundo para adquirir el cielo; anticipaste la muerte para escapar de la sentencia de muerte; elegiste la pobreza para poseer la abundancia de riquezas impercederas.

CAPÍTULO II. Que a veces los justos son permitidos ser afligidos por los injustos, para que decidan convertirse a Dios incluso por necesidad.

Pero, para que tu conversión parezca más admirable, no fue el mundo quien te rechazó, sino que solo el ardor del Espíritu divino te incitó. En verdad, como la providencia divina dispuso para sacar de Egipto al pueblo israelita (Éxodo 3), Moisés fue enviado cuando el faraón ya había sido incitado a oprimirlo con trabajos duros, para que las mentes de los israelitas, adheridas de manera deforme a Egipto, fueran llamadas por uno y casi arrastradas; otro, como si las empujara, mientras se enfurecía, para que, mientras el pueblo se fijaba torpemente en el servicio, al menos impulsado por los males, o provocado por los bienes, se moviera. Esto también se hace con frecuencia en el pueblo de Dios, cuando, predicadas las recompensas celestiales, se permite que los réprobos se ensañen con los elegidos; para que si, llamados, descuidamos salir a la tierra de la promesa, al menos seamos impulsados por las presiones que nos asedian. Y esta Egipto, es decir, la vida presente, que nos oprime halagando, ayuda presionando; para que, lo que, mientras nos acariciaba, nos había desgastado con el yugo de la servidumbre, nos muestre el camino de la libertad mientras nos aflige. Esta es la causa por la que se permite que los justos sean afligidos por los injustos, para que, mientras oyen los

bienes futuros que aman, también sufran los males presentes que temen, y hacia una salida más fácil, mientras el amor provoca, el tormento impulse. Sin embargo, cuando la prosperidad de esta vida te sonreía por todas partes, no fue el mundo, que te halagaba, quien te impulsó; sino que Cristo, hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. 44), te provocó a la amplitud de su dote por el soplo del Espíritu Santo: «Levántate, dice, amiga mía, esposa mía, y ven: paloma mía en las hendiduras de la roca, en la caverna de la pared: muéstrame tu rostro, que tu voz suene en mis oídos: porque tu voz es dulce, y tu rostro hermoso» (Cant. 2). El alma santa con razón se llama amiga y esposa de Cristo, porque se une a él por la fe y el amor. Pero esta esposa yace como aún, mientras está implicada en las acciones mundanas; se levanta cuando se erige al servicio divino. Como si dijera: Tú que yaces en la blandura de la vida secular, levántate ya, y erígete al familiar compañerismo de mi contemplación. «Paloma mía en las hendiduras de la roca.» Si, según el Apóstol, la roca es Cristo (1 Cor. 10), las hendiduras de la roca son las heridas del Redentor, que ciertamente no son cinco por casualidad, a saber, de la lanza y los clavos; sino porque habíamos sido heridos por las cinco heridas de los sentidos, por estas cinco llagas somos restituidos a la salvación perpetua. Estas eran las puertas por las que el profeta prohibía que se introdujeran cargas pesadas en el día de reposo. En estas hendiduras se encuentra la paloma de Dios, porque cualquier alma santa pone toda su esperanza de salvación en la pasión de su Redentor. Allí se defiende como del ataque de los halcones, porque se guarda de todas las insidias de los espíritus malignos. Allí ciertamente anida, porque allí acumula los frutos de las buenas obras. De esta roca se dice por el Salmista: «Los montes altos son para las cabras monteses, la roca es refugio para los erizos» (Sal. 104). ¿Qué se entiende aquí por montes, sino las altas profundidades de las Escrituras? Estos, que ya saben dar saltos de contemplación, ascienden a las altas cumbres de las sentencias divinas como a cimas montañosas. A las cuales cimas, porque los débiles no pueden llegar, se añade rectamente: «La roca es refugio para los erizos.» Porque ciertamente a los débiles no los ejercita la inteligencia sublime, sino que solo la fe en Cristo los contiene humildemente. Pero lo que allí se añade: «En la caverna de la pared;» las paredes suelen hacerse de piedras, para la custodia de las viñas, como se dice por Isaías: «Mi amado tenía una viña en una ladera fértil, y la cercó con una pared y la cavó» (Isaías 5). ¿Qué entendemos, pues, por la pared de piedras, sino la protección y vigilancia de los ángeles? Con los cuales, ciertamente, el alma en lucha, mientras es rodeada y circundada, es guardada de todas las tentaciones de los espíritus adversarios. Por lo que sigue: «Muéstrame tu rostro;» entonces se dice que el alma muestra su rostro al celestial Esposo, cuando contempla su aspecto con los ojos internos como con el rostro revelado. «Que tu voz suene en mis oídos: porque tu voz es dulce, y tu rostro hermoso.» ¡Oh, qué dulce comercio, más bien qué inefable dulzura surge en las entrañas humanas! cuando el Creador y la criatura se deleitan mutuamente con afectos alternos, como se dice por el Profeta: «Sea dulce para él mi alabanza, yo me deleitaré en el Señor» (Sal. 104).

CAPÍTULO III. Que cada despreciador del mundo debe siempre esforzarse por llegar al amor de Dios.

Y esta es la suma de cualquier alma santa liberada de los lazos del mundo y aquí toda su intención debe estar dirigida a esforzarse por el amor de Dios a través del incremento de todas sus obras, y cuando sea, descansar deleitablemente en los abrazos del verdadero Esposo. Así como uno es iniciado en los grados eclesiásticos para alcanzar la cumbre del sacerdocio, o más bien, para decirlo en tus términos, así como una virgen es dotada para casarse, así todos los que dejan el mundo deben siempre esforzarse por unirse más estrechamente en amor a su Creador. De lo contrario, ¿de qué serviría romper el yugo de la servidumbre egipcia, cruzar el Mar Rojo, si nunca se les permitiera entrar en la tierra regada

de leche y miel? La leche es fruto de la carne, la miel fluye de lo alto. Y porque nuestro Redentor, viniendo del cielo, tomó carne de la virgen, esta es la tierra de los vivientes, a la que debemos siempre apresurarnos con pasos de amor atentos. A este Esposo, venerable hermana, abrázalo con los brazos de la verdadera caridad, en esto deléitate continuamente, digo, en el Señor, y él te dará las peticiones de tu corazón (Sal. 36). Recibe también con frecuencia su cuerpo y sangre con la boca de la carne, para que con razón puedas oír esta voz suya: «Tus labios, esposa, son un panal que destila, miel y leche hay debajo de tu lengua» (Cant. 4). Porque el adversario se aterra cuando ve los labios de los cristianos ruborizados con la sangre de Cristo. Reconoce, en efecto, presente el signo de su perdición, y el instrumento de la victoria divina, por la cual fue capturado y aplastado, no lo tolera. Que Cristo, pues, por su misterio, te parezca estar en la boca, y que Cristo, por el incendio de su amor, viva siempre en tu corazón, para que también a ti te convenga lo que dice la esposa en los Cantares: «Un manojito de mirra es mi amado para mí, entre mis pechos descansará» (Cant. 1). ¿Qué se designa por la mirra, especie de aroma muy amarga, con la que también se embalsaman los cadáveres, sino la pasión de Cristo? ¿Qué otro lugar entre los pechos, sino el lugar del corazón se reconoce? Cualquiera que, por tanto, abrace continuamente a Cristo en el secreto de su corazón por amor, cualquiera que medite continuamente el misterio de la pasión por imitación, a este ciertamente Cristo se convierte en un manojito de mirra, y, según la sentencia de la Sagrada Escritura, entre sus pechos descansará. Por lo cual también el mismo Esposo a la esposa: «Ponme, dice, como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo» (Cant. 8). A menudo, para recordar algo que no queremos olvidar, hacemos un nudo en nuestro dedo o brazo; para que, mientras se observa frecuentemente el signo, la cosa que el olvido podría interceptar, se mantenga continuamente en la memoria. Pero quien ama a Cristo como si lo amara, pero se abstiene de hacer buenas obras, ya de algún modo ha puesto al esposo como un sello sobre el corazón, pero no lo ha puesto sobre el brazo. Quien parece estar atento a las buenas obras, pero se enfría por el incendio del amor divino; ya este ha puesto la imagen de la santidad sobre el brazo, pero aún no ha expresado el sello de Cristo en el corazón. Para que, por tanto, el alma santa sea sellada por todas partes con el carácter de Cristo, ponga a él como un sello sobre su corazón, para que arda internamente con las llamas de su amor. Póngalo también consecuentemente sobre el brazo, para que insista valientemente en las obras piadosas. Pablo había puesto a Jesús como un sello en su cuerpo, como en el brazo, cuando decía: «Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús» (Gál. 6). Había puesto a Jesús como un sello sobre su corazón, cuando en otro lugar decía con gratitud: «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo» (Gál. 6). Cuyas marcas ciertamente llevaba impresas en su cuerpo, se gloriaba de tener su sello en la mente. Además, el mismo celestial Esposo pone a cada uno de sus elegidos como un sello para sí, y lo observa con grata reciprocidad, como para que no sea borrado de la memoria. Según lo que promete a Zorobabel, príncipe de Judá, diciendo: «En aquel día te tomaré, Zorobabel, siervo mío, y te pondré como un sello en mi presencia» (Ageo 2). Por el contrario, sobre cierto rey réprobo el Señor dice: «Si Jeconías, hijo de Joacim, rey de Judá, fuera un anillo en mi mano derecha, de allí lo arrancarías» (Jer. 22).

CAPÍTULO IV. Exhortación a que siempre descansa en los abrazos del celestial Esposo.

Por tanto, tú, venerable hermana, esfuérzate asiduamente en esta reciprocidad, para que el celestial Esposo, por la gracia de su amor, siempre te reciba, y tú no apartes tus ojos de él (¡Dios no lo quiera!) por el amor de cualquier cosa temporal; para que él, observándote sutilmente y no encontrando ninguna mancha de ofensa, diga: «Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti» (Cant. 4); y tú, ardiendo inenarrablemente de amor por él,

declares con voz íntima: «Mi amado es blanco y rubicundo, escogido entre millares; su cabeza es oro finísimo, su garganta suavísima, y todo él deseable» (Cant. 5). En efecto, el amado es blanco por la virginidad, rubicundo por la pasión. Blanco, porque dice: «Yo soy la flor del campo» (Cant. 1). Rubicundo, de quien Juan dice: «Quien nos lavó de nuestros pecados con su sangre» (Apoc. 1). Escogido entre millares; de quien Salomón dice: «Un hombre entre mil encontré» (Ecl. 7). El número milenario es la perfección de todo el género humano, en el cual el Salvador es como un gorrión único en el edificio (Sal. 101). Su cabeza es oro finísimo, porque la cabeza de Cristo es Dios (1 Cor. 11); quien ciertamente, como el oro a los metales, así, aunque incomparablemente, supera a todas las criaturas. Su garganta se dice suavísima, porque con la mielífera suavidad de sus palabras endulza las mentes de los oyentes. «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! más que la miel a mi boca» (Sal. 118). Todo él también deseable, porque en él, según testifica Pedro, los ángeles desean mirar (1 Pedro 1); o porque el misterio de su humanidad enciende todo deseo en las mentes de los elegidos, para que no solo la gloria de la resurrección los provoque, sino que el mismo ejemplo de la ignominia de la pasión los invite a la imitación. En este, por tanto, tu esposo, venerable hermana, deléitate asiduamente, en él establece todos los votos de tu corazón, en sus abrazos siempre descansa de todo torbellino del mundo.

CAPÍTULO V. Provoca a la cautela, para que siempre esté ceñida contra las insidias de la tentación.

Mientras tanto, mientras abrazas al esposo, cuida diligentemente del adversario: pues aún te encuentras en el mar, y no has disfrutado todavía del puerto seguro. Este campamento no es un lugar de descanso; es un camino, no la patria; caminamos, no habitamos. Porque la vida del hombre en la tierra es una tentación (Job VII). Por lo tanto, si faltan las batallas de las tentaciones, alégrate, pero no confíes demasiado en la seguridad; prepárate vigilante contra los ataques repentinos e inesperados de los enemigos emboscados. A menudo, algunos que se han convertido a Dios desde el mundo, en el mismo umbral de su inicio, perciben una tranquilidad pacífica de la carne y de los pensamientos; pero con el tiempo, se fatigan con duras pruebas de tentaciones. Esto se sabe que ocurre por disposición divina, para que no se rompan por la aspereza de las tentaciones al inicio de su novedad. Pues si la amargura de la tentación los recibiera aún tiernos e ignorantes del conflicto interno, fácilmente regresarían a aquello de lo que aún no se habían alejado mucho. Por eso está escrito: "Cuando Faraón dejó ir al pueblo, Dios no los condujo por el camino de la tierra de los filisteos, que estaba cerca, pensando que si veían que se levantaban guerras contra ellos, se arrepentirían y regresarían a Egipto" (Éxodo XIII). Así, a los que salen de Egipto, se les retira la lucha cercana; porque a los que abandonan el mundo se les da cierta tranquilidad de paz, para que, perturbados y aterrorizados en la novedad de su ternura, no regresen a lo que despreciaron. Primero, son acariciados por la dulzura de la seguridad, primero son nutridos por la quietud de la paz; después de conocer la dulzura, soportan con más tolerancia las luchas de las tentaciones, cuanto más profundamente han conocido en Dios lo que aman. Por lo tanto, alégrate en lo que ahora prospera, pero no duermas ante lo que amenaza después. Sé cauta y vigilante por todos lados; muéstrate tan vigilante que los enemigos nunca te encuentren dormida. Deben unirse contra ti tanto la descendencia de la familia como la flor de la juventud, la belleza de la forma y la memoria de la facultad abandonada. Para evitar las flechas de estas luchas, no me parece que haya un escudo más fuerte que la meditación de la muerte y el terror del juicio final.

CAPÍTULO VI. De las angustias de dolor que constriñen al alma cuando sale.

Debe considerarse, cuando el alma pecadora comienza a ser liberada de las ataduras de la carne, con qué amargo terror es sacudida, con cuántos aguijones de conciencia mordaz es lacerada. Recuerda las prohibiciones que cometió; ve los mandamientos que negligentemente se negó a cumplir. Lamenta haber recibido en vano los tiempos concedidos para la penitencia; llora porque el momento inmutable de la venganza estricta se aproxima inevitablemente. Intenta quedarse, pero es obligada a ir; quiere recuperar lo perdido, pero no es escuchada. Mirando hacia atrás, considera el curso de toda su vida pasada como un solo paso brevísimo de un viaje; dirige sus ojos hacia adelante y descubre los espacios de la eternidad infinita. Lloro porque en tan breve espacio pudo haber adquirido la alegría de todos los siglos; lamenta también haber perdido, por el placer de una tentación tan breve, la inenarrable dulzura de la eterna suavidad. Se avergüenza porque, por aquella sustancia que estaba sujeta a los gusanos, descuidó aquella que debía ser insertada en los coros angélicos. Ahora levanta los rayos de su mente, y cuando contempla la gloria de las riquezas inmortales, se confunde por haberla perdido debido a la pobreza de esta vida. Y cuando baja sus ojos a la oscura y tétrica llanura de este mundo, se maravilla de la claridad de la luz eterna sobre ella, comprendiendo claramente que lo que amó era noche y tinieblas. ¡Oh, si pudiera merecer un tiempo revivido de penitencia, qué duro camino de conversión emprendería! ¡Qué promesas haría y con cuántos lazos de devoción se ataría! Mientras tanto, mientras sus ojos debilitados se consumen, mientras su pecho palpita, su garganta ronca jadea, sus dientes poco a poco se ennegrecen y adquieren una especie de herrumbre; su rostro palidece, todos sus miembros se endurecen; mientras estas y otras señales preceden como sirvientes de la muerte cercana, todos sus actos y palabras están presentes. Ni siquiera faltan sus pensamientos, y todos estos dan un amargo testimonio contra su autor. Todo se acumula ante los ojos del que mira hacia atrás, y lo que se niega a ver, se ve obligado e involuntariamente a contemplar. Además, de un lado está la horrenda multitud de demonios, del otro la virtud angélica. En el que está en medio, se percibe claramente a qué parte pertenece por derecho la posesión. Pues si en él se ven las insignias de la piedad, es cubierto por las caricias de la invitación angélica, y es llamado a salir por la dulzura de la melodía armónica; pero si la negrura de los méritos y la suciedad de la fealdad lo adjudican a la parte izquierda, es sacudido inmediatamente por un terror intolerable, perturbado por la violencia de un ataque repentino, invadido precipitadamente, y arrancado violentamente del calabozo de la miserable carne, para ser llevado con amargura a los castigos eternos. Ahora bien, después de salir del cuerpo, ¿quién podría explicar cuántas tropas armadas de espíritus inicuos acechan en emboscadas, cuántas falanges rugientes, armadas con armas mortales, obstruyen el camino, y, para que el alma no pueda pasar libremente, la atacan como legiones compactas al estilo militar? Meditar frecuentemente sobre estas y otras cosas similares en el corazón, ¿qué es sino rechazar los halagos de esta vida, dar repudio al mundo, eliminar los movimientos seductores de la carne, y guardar inquebrantablemente el propósito de alcanzar la perfección?

CAPÍTULO VII. Sentencias de las Escrituras sobre el día del juicio.

A esto debe añadirse también el terror extremo del juicio, para que con su amargura se pueda despreciar la falsa dulzura de este mundo. Nos levantamos valientemente para evitar las molestias de la lucha diabólica, si consideramos prudentemente el peligro de la última necesidad. Pues si se considera dignamente esa repentina y terrible venida de Cristo, ¿qué habrá en el mundo donde la mente humana, aunque sea insensata, pueda deleitarse? Ese día es al que se dirige toda la intención y suma de los siglos precedentes, al que sirven todos los volúmenes de las Sagradas Escrituras, del cual el bienaventurado Pedro, para sacudir con digno terror los corazones de los oyentes, dice: "Vendrá el día del Señor como un ladrón, en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos se disolverán con calor" (II

Pedro III). Por eso añadió inmediatamente: "Puesto que todas estas cosas han de ser disueltas, ¿qué clase de personas debéis ser vosotros, en santas conversaciones y piedad, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios, en el cual los cielos, encendidos, se disolverán, y los elementos, ardiendo, se derretirán?" (Ibid.) De lo cual también dice el apóstol Judas: "He aquí, el Señor vendrá con sus santos millares para hacer juicio contra todos, y para convencer a todos los impíos de todas sus obras de impiedad que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él" (Judas I). De esto también Juan en el Apocalipsis: "He aquí, viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron, y todas las tribus de la tierra se lamentarán por él" (Apoc. I). Y Malaquías dice: "He aquí, viene el Señor de los ejércitos, y ¿quién podrá soportar el día de su venida, y quién podrá estar en pie para verlo?" (Mal. III) y poco después: "He aquí, viene el día, ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen impiedad serán como paja, y el día que viene los quemará, dice el Señor de los ejércitos, que no les dejará ni raíz ni rama" (Mal. IV). Y por otro profeta se dice: "Aún un poco más, y yo haré temblar el cielo y la tierra, el mar y la tierra seca, y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones" (Ageo VIII). Otro dice: "Cercano está el gran día del Señor, cercano y muy veloz; la voz del día del Señor es amarga, allí el fuerte será atribulado, día de ira, aquel día, día de tribulación y angustia, día de calamidad y miseria, día de nube y torbellino, día de trompeta y clamor" (Sofonías I). Donde se debe notar que el profeta considera que el día del juicio tremendo está muy cercano y que viene rápidamente, para inculcar más expresamente su agilidad, acumula tantos nombres de aceleración: donde, para la amplificación de la expresión, pone dos veces "cercano", luego "veloz" y "muy", para enseñar claramente que a los ojos de la fe ya parece estar en el umbral, lo que a los infieles y ciegos de corazón se les antoja estar lejos: y estos ya están temblando ante los tribunales del juez, a quien aquellos desprecian por la ausencia de una larga lejanía. De este día de última e irremediable necesidad proclama Isaías, diciendo: "He aquí, el día del Señor viene cruel, lleno de indignación y de ira y furor, para convertir la tierra en desolación, y para destruir de ella a sus pecadores; porque las estrellas y su esplendor no darán su luz, el sol se oscurecerá al salir, y la luna no resplandecerá con su luz; y visitaré sobre el mundo la maldad, y contra los impíos sus iniquidades" (Isaías XIII). Y de nuevo: "He aquí, dice, el Señor fuerte y poderoso como un ímpetu de granizo, un torbellino quebrantador, como un ímpetu de muchas aguas desbordantes y arrojadas sobre la tierra" (Isaías XXVIII). El mismo en otro lugar: "He aquí, el nombre del Señor viene de lejos: su furor arde y es pesado de llevar, sus labios están llenos de indignación, y su lengua es como un fuego devorador, y su espíritu como un torrente inundante para destruir a las naciones hasta la nada" (Isaías XXX). Y nuevamente dice: "Y será de repente, inmediatamente, visitado por el Señor de los ejércitos, con trueno y terremoto, y gran voz de torbellino y tempestad, y llama de fuego devorador" (Isaías XXIX). De este fuego dice Pedro: "Pero los cielos que ahora son, y la tierra, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos" (II Pedro III). De esto también dice el profeta: "El Señor hará oír la gloria de su voz, y mostrará el terror de su brazo en la amenaza de furor y llama de fuego devorador" (Isaías XXX). De esta venganza tremenda dice el Señor por Moisés: "Mi espada devorará carne" (Deut. XXXII). De esto dice Jeremías: "La espada del Señor devorará desde un extremo de la tierra hasta el otro, no hay paz para toda carne" (Jer. XII).

La espada se dice que devora la tierra, y se afirma que no hay paz para toda carne, porque cualquiera que ahora vive carnalmente, o se demuestra que ambiciona desmedidamente las cosas terrenales, es necesario que sea destruido por la espada de la última severidad. De esta espada dice el Señor por Ezequiel: "Mi espada saldrá de su vaina contra toda carne desde el sur hasta el norte; para que toda carne sepa que yo, el Señor, he sacado mi espada de su vaina,

irrevocable" (Ezequiel XXI). De esta espada dice el profeta Amós: "Morirán a espada todos los pecadores de mi pueblo, que dicen: no se acercará, ni vendrá sobre nosotros el mal" (Amós IX). Este terror del juicio divino había turbado los oídos interiores del profeta Nahum, cuando decía: "Voz del látigo, y voz del ímpetu de la rueda, y del caballo que relincha, y del carro que arde, y del jinete que sube, y de la espada que brilla, y de la lanza que fulgura, y de la multitud de muertos, y de la gran ruina, y no hay fin de cadáveres" (Nahum III). En verdad, lo que vio Daniel sobre el juicio divino, lo describe claramente, diciendo: "Miraba hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un anciano de días, su vestidura era blanca como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana limpia; su trono era llama de fuego, sus ruedas fuego ardiente; un río de fuego salía y corría delante de él" (Daniel VII). Y poco después: "El juicio se sentó, y los libros fueron abiertos" (Ibid.). Estos libros deben entenderse como los santos, cuyo mérito ahora está oculto por ellos mismos mediante la custodia de la humildad, y como un volumen de un códice, para que no se lea, está envuelto. Entonces, para su gloria, se abre a los ojos de todos; para que en ellos los transgresores lean, como por un artículo de escritura ordenada, los mandamientos de la ley divina, que, mientras vivían, despreciaron guardar. Allí ya se ven obligados a leer, quienes aquí, por el orgullo de la arrogancia, se desdeñaban de escuchar las palabras de Dios. Allí consideran que el yugo del Señor era ligero, y su carga suave para los mansos (Mateo XI) y los pacientes, lo que aquí juzgaban intolerable para los cuellos de su soberbia. Allí todo lo soberbio es confundido, y todo lo que fue elevado se inclina bajo la indignación de tan gran majestad. Por eso se dice por Isaías: "Los ojos altivos del hombre serán humillados, y la altitud de los hombres se inclinará. Pero el Señor será exaltado solo en aquel día; porque el día del Señor será sobre todo lo soberbio y altivo, y sobre todo lo arrogante, y será humillado; y sobre todos los cedros del Líbano altos y erguidos, y sobre todas las encinas de Basán, y sobre todos los montes altos, y sobre todas las colinas elevadas, y sobre toda torre alta, y sobre todo muro fortificado, y sobre todas las naves de Tarsis, y sobre todo lo que es hermoso a la vista; y la altivez del hombre será humillada, y la altitud de los hombres será abatida, y el Señor será exaltado solo en aquel día, y los ídolos serán completamente destruidos; y entrarán en las cavernas de las rocas y en las hendiduras de la tierra por el temor del Señor y por la gloria de su majestad, cuando se levante para herir la tierra" (Isaías II). Estas palabras, sin duda, las expondría quizás en detalle, si no evitara exceder la regla del compendio epistolar. Solo veo que debe tocarse brevemente que el día del juicio divino se dice que se avecina sobre las cosas insensibles; pero por las figuras de las cosas sin razón, se entiende la necedad de los hombres reprobados. Los cedros del Líbano altos y erguidos son los poderosos de este mundo, elevados por la excelencia de la sublimidad terrenal, pero infecundos en los frutos de las buenas obras. Las encinas, sin embargo, producen frutos, pero no de los que el hombre se alimenta; sino de los que alimentan a los cerdos. Los cerdos deben entenderse como los espíritus inmundos, que se alimentan de las obras sucias de los hombres impuros. Por otra parte, los montes altos y las colinas elevadas (Salmo LXIV), son todos los soberbios, como extendidos en lo alto por el cúmulo de pensamientos hinchados; pero ajenos al grano, con el que abundan los valles, y a todos los frutos de los estudios espirituales. Ahora bien, la torre alta y el muro fortificado insinúan a aquellos que, siendo pecadores, se colocan a sí mismos en una especie de fortaleza de inocencia, y cubriéndose con el escudo de la defensa, no permiten que las flechas de sus censores lleguen a ellos. Tarsis, sin embargo, significa exploración de alegría. Pues quien en este mundo explora de qué puede alegrarse, a este el día del Señor que se avecina le riega con las molestias del dolor y la tristeza, para que amargue perpetuamente. También viene el día del Señor no sobre todo lo que es hermoso, sino sobre todo lo que es hermoso a la vista; porque aquel es oprimido por el peso del juicio divino, que interiormente está confundido por la deformidad de los vicios que surgen latentemente, pero exteriormente está cubierto por una especie de belleza de virtud o más bien de honestidad. Pero aunque hay muchas cosas

disponibles, posponemos exponerlas más detalladamente, porque evitamos la extensión de un estilo más prolijo. También omitimos insertar más ejemplos del terror del juicio divino, porque, dado que toda la intención del discurso celestial milita para este examen tremendo, no es necesario que nos esforcemos más en su exageración. Para explicar esto plenamente, incluso si faltaran todas las demás cosas, bastarían aquellas palabras de la Verdad, en las que dice: "Serán aquellos días de tribulación tales como no los ha habido desde el principio de la creación que Dios creó, hasta ahora, ni los habrá" (Marcos XV).

CAPÍTULO VIII. Aquí se advierte que no vuelva al mundo bajo la apariencia de piedad.

Tú, sin embargo, mi señora, mi señora, digo, incluso mi reina, desposada con mi Señor, el rey celestial, por el anillo de la fe viva y la prenda del Espíritu Santo: tú, por lo tanto, lee con frecuencia estas y otras cosas similares que se leen sobre la amargura de la furia y la indignación divina que amenazan a los amantes del mundo, medítalas sutilmente; para que con este antídoto de amarga confección puedas evadir los silbidos del antiguo serpiente y su veneno letal. En mí mismo he experimentado frecuentemente que, cuando la amargura de esta reflexión se difunde en mis entrañas, el estómago de mi mente se seca de todos los humores del mundo que malamente halagan, por así decirlo. A menudo, el espíritu maligno, como un ave en la rama de un árbol, se posa en la lengua del adulador, y como a través del órgano de un vaso, vierte el veneno que letalmente ha transferido a las entrañas del oyente. Pero tú, cierra tus oídos a los cantos seductores de las sirenas, y prudentemente evita el naufragio del abismo de Escila; y fija tu corazón en el santo propósito del terror del juicio, para que el viento del favor adulador no lo arranque. Pues aquel antiguo seductor, que una vez vomitó el veneno de su astucia en Eva a través de la serpiente (Gén. III), aún quizás, guardando la costumbre con la hija, silbará a través de otro de sus vasallos: Regresa, dirá, a casa bajo el mismo hábito de la sagrada profesión, gobierna la familia, expón la forma de vivir piadosamente, mantén la disciplina de gravedad y modestia sobre el hijo y sus coetáneos, provee una esposa no inapropiada según las leyes para el que pueda caer, y no permitas que la clientela de los que te obedecen retroceda. Así, pues, el espíritu de la malicia, fabricando estas cosas, no se preocupa de qué vestimenta te atraiga de nuevo al mundo, siempre que confíe en que a través de actos seculares te gobierne en la mente.

CAPÍTULO IX. Del monje que, regresando del desierto al cenobio, cayó por impureza y pereció.

Sin embargo, aunque hay muchas cosas disponibles, juzgamos conveniente relatar principalmente lo que nos ocurrió hace pocos días. Un monje de naturaleza sencilla y humilde modestia se unió a nosotros para habitar juntos, y durante casi ocho años vivió con nosotros en el desierto no solo castamente, sino, según el testimonio de todos los hermanos, de manera loable; y, como era hábil en la escritura, nos transcribió con esmero no pocos volúmenes de libros. Sin embargo, recientemente, cuando parecía vigoroso y más robusto de lo habitual, comenzó a pedir obstinadamente que se le permitiera regresar a su monasterio. Esto, sin duda, fue introducido en su corazón por el adversario maligno, como claramente demostró el evento posterior. Pues tan pronto como, según su petición, regresó a su monasterio, junto con otro monje, un anciano de días malos, igualmente hábil en letras y librero, cayó por la expulsión de un flujo femoral; y así, todo lo que había vivido más puramente en el mundo, lo manchó con la repentina contaminación de un crimen muy vil; y para que no pasara sin castigo una culpa tan merecedora de pena, cayó enfermo inmediatamente, y pocos días después, confesado y avergonzado, salió de esta vida. Así, así, pues, el que está de pie, mire que no caiga (I Cor. X). Y el que no teme mirar hacia atrás solo

por el precepto, con la esposa de Lot, al menos al ver la estatua de sal (Gén. XIX), y con Dios vengador desde arriba, que se aterrorice.

CAPÍTULO X. De la sepultura de Sofía, la marquesa, y su intolerable hedor.

Y tal vez se diga en contra que tu cuerpo es demasiado frágil y delicado, que desde los mismos rudimentos de la infancia lactante fue alimentado suavemente con manjares muy exquisitos y casi reales; que ahora no puedes contentarte con las mesas de las hermanas, acostumbrada como estabas a espléndidos banquetes; ni siquiera puedes oler o usar los alimentos comunes con ellas, acostumbrada como estabas a sazonar delicias marinas y exquisitas con especias indias. A estas persuasiones engañosas y halagadoras, en realidad flechas de miel de litigio disparadas manifiestamente desde la aljaba diabólica, tú, discípula del Crucificado, responde prudentemente y recházalas con la consideración diligente de tu condición. Considera, pues, que la carne, que ahora se nutre con manjares exquisitos, poco después se ve obligada a ser devorada por gusanos; y entonces se convierte en alimento de roedores, la misma que ahora se engorda deleitosamente con la alegría de los alimentos, y exhala un hedor tanto más grave cuanto más suave fue la delicadeza que se procuró. He aquí, mientras escribimos estas cosas, nos viene a la memoria Sofía, hermana de dos marqueses, Uguzón y Rainerio, quien hace casi seis años, mientras aún estaba sana y salva, pidió al abad del monasterio de San Cristóbal mártir que le construyera una sepultura; y aunque él se resistía, diciendo que deliraba, lo consiguió con dificultad. Y tan pronto como entró y vio la tumba dentro del claustro de los monjes, cayó enferma por un juicio que desconozco, y poco después abortó y murió. Su tumba, aunque era de yeso y estaba reforzada por los estudios artísticos de los albañiles, exhaló tal hedor durante casi un año entero que apenas se podía soportar, y no permitía a los hermanos descansar en toda la mitad de ese claustro. Y aunque muchas tumbas alrededor se hundieron y recibieron gastos mucho menores, ninguna, excepto esta sola, causaba molestias a las narices, para que se hiciera evidente como la luz del día que cuanto más tierna y delicadamente se cría la carne humana, peor se convierte en putrefacción y náusea. En verdad, cuando los hermanos me preguntaron por qué sucedía eso, expuse lo que parecía: Esto, dije, según creo, se hace divinamente para vuestra salvación, para que en ese único cuerpo que visteis tan hermoso y atractivo, comprendáis claramente lo que también debe pensarse de las demás mujeres en la tentación de la lujuria; porque esa carne ya era verdaderamente putrefacción cuando provocaba a los ojos lascivos de los que la miraban; pues lo que entonces fue, ahora lo muestra claramente. Y cualquier carne humana, que ahora se ve vivir, de ninguna manera genera putrefacción después de la muerte; sino que, lo que siempre fue, entonces se declara manifiestamente como putrefacción.

CAPÍTULO XI. De la esposa del duque de Venecia, que primero fue extremadamente delicada, y luego se pudrió todo su cuerpo.

Pero, para fortalecer lo que afirmamos, es conveniente que también presentemos un ejemplo de carne viva. Lo que narro lo aprendí de la relación de un hombre veraz y honesto. El duque de Venecia tenía por esposa a una ciudadana de la ciudad de Constantinopla, que vivía tan tierna y delicadamente, y no solo supersticiosa, sino artificiosa, por así decirlo, que se deleitaba con placeres, que incluso se desdeñaba de lavarse con aguas comunes; pero sus sirvientes se esforzaban por recoger el rocío del cielo de donde fuera, para procurarle un baño bastante laborioso. Tampoco tocaba sus alimentos con las manos, sino que sus eunucos cortaban minuciosamente en trozos los alimentos, que ella luego, con ciertos tenedores de oro y bidentes, acercaba a su boca, lamiendo. Además, su habitación olía a tantas clases de inciensos y aromas, que incluso nos avergüenza narrar tal deshonor, y el oyente podría no

creerlo. Pero el Dios omnipotente mostró claramente cuánto aborrecía la soberbia de esta mujer, con una censura manifiesta al castigarla. Pues, al blandir sobre ella la espada del juicio divino, todo su cuerpo se pudrió, de modo que todos los miembros del cuerpo se marchitaron por todas partes, y toda la habitación se llenó de un hedor absolutamente intolerable; y nadie pudo soportar tal injuria a las narices, ni cosmético, ni sirviente, apenas una sola doncella, no sin la ayuda de una esencia fragante, permaneció en su servicio diligente. Sin embargo, ella se acercaba rápidamente, y de inmediato, huyendo, se alejaba. Así, cocida por más tiempo en esta enfermedad y miserablemente atormentada, incluso con sus amigos regocijándose, cerró su último día. Que la carne, pues, enseñe lo que es la carne; y lo que atestigua la muerta, también lo testimonia la viva.

CAPÍTULO XII. De los suplicios de los condenados.

Pero, ¡oh, ojalá que los que son así, fueran afectados solo por el castigo temporal, y que no los esperara también el tártaro! Pues allí, según la cantidad de gozo, se retribuye la medida del tormento; y cuanto más aquí se eleva por la jactancia del orgullo, tanto más allí es absorbido profundamente por el abismo del fuego voraz. De donde es que se dice de un alma perversa bajo la figura de Babilonia: «Cuanto se glorificó y vivió en delicias, tanto dadle tormento y llanto (Apoc. XVIII).» Y en otro lugar: «Los poderosos sufrirán poderosos tormentos, y más fuerte será el castigo (Sab. VI).» Pues incluso las mismas lujurias carnales, o los demás vicios, que aquí inflamaban a los hombres perversos, allí se convierten en pez y resina, y dan fuerzas a las llamas vengadoras. Claramente, como dice la Escritura (Job X), allí está la sombra de la muerte, que ciertamente no es otra cosa que la oscuridad de la división [de la visión]; porque cada condenado, mientras es encendido por el fuego eterno, es oscurecido por la falta de luz interna. La naturaleza del fuego es que de sí mismo exhiba tanto luz como ardor, pero esa llama vengadora de los vicios pasados tiene ardor, pero no tiene en absoluto luz. De donde es que la Verdad dice de aquel a quien rechaza: «Atadle de pies y manos, y echadle en las tinieblas exteriores (Mat. XII).» Si el fuego, pues, que atormenta a los réprobos, pudiera tener luz, aquel que es rechazado no sería dicho que es echado en tinieblas. Aquí también dice el salmista: «Cayó sobre ellos fuego, y no vieron el sol (Sal. LVII).» Pues el fuego cae sobre los impíos; pero el sol, al caer el fuego, no se ve, porque aquellos a quienes devora la llama del infierno, son cegados de la visión de la verdadera luz, de modo que tanto el dolor de la combustión los atormenta por fuera, como la pena de la ceguera los oscurezca por dentro; para que quienes pecaron contra su autor con cuerpo y corazón, sean castigados simultáneamente con cuerpo y corazón; y sientan el castigo en ambos lados, quienes, mientras vivían aquí, servían a sus deleites perversos con ambos. De donde bien se dice por el profeta: «Descendieron al infierno con sus armas (Ezequiel XXXI).» Pues las armas de los pecadores son los miembros del cuerpo, con los cuales ejecutan los deseos perversos que conciben. De donde rectamente se dice por Pablo: «Ni presentéis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado (Rom. VI).» Descender con las armas al infierno, es soportar con los mismos miembros, con los cuales cumplieron los deseos de la voluptuosidad, los tormentos del juicio eterno, para que entonces el dolor los absorba por todas partes, quienes ahora, sometidos a sus deleites, combaten por todas partes contra la justicia del justo juez. Sin embargo, estos castigos sumergen y atormentan más allá de las fuerzas a los que están inmersos en ellos, y al extinguir el auxilio de la vida, los preservan: para que así la vida termine con un límite, de modo que siempre viva el tormento sin límite; porque tanto se apresura al fin a través de los tormentos, como dura sin fin al fallar. Se convierte, pues, para los miserables en muerte sin muerte, fin sin fin, defecto sin defecto; porque tanto la muerte vive, como el fin siempre comienza, y el defecto no sabe fallar. Por tanto, ahora están dedicados a la lujuria, y viven al arbitrio de su propia carne, para

que después el alma y la carne perezcan juntas; ahora sorben las médulas de la dulzura mundana, para que entonces, llenos del ajeno del perpetuo tormento, amarguen con todas sus entrañas (Job XXI). Es necesario, pues, que allí rechinen los dientes, quienes aquí se alegraban con la glotonería; allí se lamenta irremediamente por aquellos que aquí se reían voluptuosamente: y quienes aquí olfatean los olores de los aromas, y anhelan la acritud de las especias, allí los atormenta el hedor sulfuroso, y la niebla de humo bituminoso los rodea. «Porque pasan sus días en el bienestar, y en un instante descienden al infierno (Num. XIV).»

CAPÍTULO XIII. Que el monje frío es una alga vil; pero el monje fervoroso, es una vid fructífera.

Sin embargo, estas cosas deben ser exageradas a las mentes que, después de haber dejado Egipto atrás, desean volver, que ignominiosamente desean sentarse sobre las ollas de carne (Éxodo XVI), para que estos pensamientos de olas y tormentas de terrores se conviertan en un mar Rojo, que les impida regresar. Pero tú, venerable hermana, que sigues el carro evangélico y los animales celestiales de las ruedas, cuyos pies son rectos (Ezequiel I), y que, cuando caminan, no retroceden; de ninguna manera, como confiamos con certeza, sigues a la esposa de Lot (Génesis IX), sino que imitarás más bien la virtud establecida de Ana, cuyo rostro ya no se cambia en diferentes direcciones (I Samuel I). Y puesto que lo que es alabado por el adulador, es despreciado por la autoridad eclesiástica, considera ambas sentencias. «El pecador es alabado en sus deseos, y el que obra inicua mente, es bendecido (Sal. IX);» esto es del adulador. «Malditos los que se desvían de tus mandamientos (Sal. CXVIII);» esta es la voz de la Iglesia. Pero que en los réprobos, según la cantidad del crimen, también sea equitativa la medida de la maldición, lo testifica el profeta David, quien ciertamente infligió treinta maldiciones a Judas Iscariote, así como él vendió sacrílegamente al Señor por treinta piezas de plata. De las cuales, así como la primera es: «Constituye sobre él un pecador,» así la última es: «Cúbranse como con un manto de su confusión (Sal. CVIII);» que si alguien las busca sutilmente a través de la serie del salmo, es cierto que no las encontrará fácilmente. Aprende consecuentemente en la serie de las Escrituras también el orden de las cosas. Primero se escribe la ley, luego se teje la historia de los Jueces, finalmente se coloca el libro de los Reyes; porque aquí cumplimos los mandamientos de la ley divina, luego venimos al juicio; al final, si la causa no disuena, reinamos sin fin con Cristo. Estos son los frutos que deben ser llevados a los graneros celestiales. La vid, claramente, si es fértil en uvas, supera a todos los arbustos de los bosques; pero si es estéril, se juzga que es más despreciable y vil que los demás arbustos. De donde es que la voz divina dice al profeta: «Hijo de hombre, ¿qué se hará con la madera de la vid entre todas las maderas de los bosques que están entre los árboles del bosque? ¿Se tomará de ella madera para hacer una obra, o se fabricará de ella una estaca para colgar en ella cualquier vaso? (Ezequiel XV.)» Así, ciertamente, el monje, si está atento y fervoroso en producir frutos de buenas obras, nada entre los hombres puede ser más excelente que él; de lo contrario, si se seca frío e infecundo, y duerme roncando, con razón se le desprecia como una alga vil, y ni siquiera se le iguala a los mismos seculares. Pero si alguien se esfuerza por alcanzar la perfección, aunque todavía por debilidad retenga algo de los vicios de la vida anterior: un secular, aunque se demuestre que es religioso y piadoso, de ninguna manera se le puede comparar en todo. Pues es mejor el oro vicioso que el cobre puro; y es más precioso un margarita opaco que un mármol de Paros; también un carbunco pálido es más amable que un jacinto azul. Tú también, si, como situada en el amanecer, aún sientes en ti algo de las tinieblas de la vida pasada, no desconfíes de llegar rápidamente a la plenitud de la luz. Solo cuídate de no descansar en la blandura de la carne, sino ejercítate vigilante en los trabajos de la santa disciplina.

CAPÍTULO XIV. Que Domingo cantó doce salterios con disciplina, y comenzó el decimotercero.

Ojalá se te permitiera ahora ver a mi señor Domingo, quien con el ejemplo de su vida luculentísima te enseñaría e instruiría más eficazmente lo que nosotros intentamos con el oficio de una lengua inexperta. Pues él, desde hace casi tres lustros, se viste con una coraza de hierro sobre la carne, y está ceñido con dos cinturones de hierro en el cuerpo, y también está apretado con dos en los hombros de los brazos. Pero como ya hemos tratado más extensamente sobre él en otras de nuestras obras, ahora mencionemos lo que nos relató hace apenas seis días al venir a nosotros. Dijo, pues: Sucedió que supe que escribiste que canté nueve salterios en un día con disciplinas corporales; lo cual, ciertamente, cuando lo escuché, temblé y me espanté, y con la conciencia remordiéndome, gemí; ¡ay de mí, dije, he aquí que esto se ha escrito sobre mí, sin que yo lo supiera; y sin embargo, ignoro si esto podría haber sido hecho por mí. Por tanto, lo intentaré de nuevo, y sabré sin duda si pude cumplirlo. Así que el miércoles me desnudé de las vestiduras, y armado con escobas en ambas manos, no dejé de cantar salmos y azotarme durante toda la noche en vigilia, hasta que al día siguiente, habiendo completado doce salterios según la costumbre, al tercer día llegué hasta el salmo: «Bienaventurados aquellos (Sal. XXXI),» arrastrándome. Por cierto, lo que a nosotros a menudo nos parece duro y áspero, cuán infantil y despreciable lo considera él, enseñemos con un solo ejemplo. Un hermano, como se aborrecía demasiado de ser golpeado con los azotes de las escobas, y juzgaba que era muy grave infligirse y soportar las heridas a sí mismo; sin embargo, finalmente, al insistir con frecuencia el señor Domingo, accedió a sus exhortaciones, y durante la modulación de todo el salterio, y además de cincuenta salmos, no cesó de infligirse disciplina con sus propias manos. Pero era aquella noche la que precedía al día del Señor y a la festividad de San Miguel. Y cuando al amanecer el hermano vino a ver al mencionado anciano, temiendo que fuera reprendido por indiscreción, relató lo que había hecho en orden; a lo que él respondió con esta voz: No seas, hermano, pusilánime, ni desconfíes por esta tu debilidad presente; porque Dios es poderoso para elevarte desde lo más bajo a lo más alto, y fortalecer la infancia de tu conversación como de leche a los incrementos del vigor juvenil. Y añadiendo dijo: Nosotros también comenzamos al principio poco a poco, y fuimos llevados, aunque débiles y frágiles, a lo que la divina piedad quiso llevarnos. Y así sucedió que no lo reprendió por el fervor desmedido, como él temía; sino que, para que no sucumbiera a la desesperación, lo reconfortó como si hubiera hecho algo mínimo. Por tanto, el ejemplo de este santo anciano de hacer disciplina, se ha arraigado tanto en nuestras partes, que no solo los hombres, sino también las mujeres nobles ansiosamente adoptaron este género de purgatorio. Pues la esposa de Teobaldo, ciertamente de noble linaje y no de baja dignidad, me relató en una ocasión que, según la regla establecida de esta disciplina, había cumplido una penitencia de cien años.

CAPÍTULO XV. De la bienaventuranza eterna de la Jerusalén celestial.

Por lo tanto, escucha siempre con agrado los hechos de los buenos, ya sea que puedas imitarlos, para que adquieran el cúmulo de la retribución eterna; o si son imposibles, que te guarden más abundantemente en la humildad. Que el espíritu se eleve hacia lo que se promete en la patria, para que, saltando, desprecie cualquier aspereza que encuentre en el camino. Cuando se considera el peso del oro resplandeciente, el trabajo del viaje se aligera. Donde se propone la corona como premio, la carrera del estadio se atraviesa con alegría. Considera, por lo tanto, cuán bienaventurado es aquel que, cuando una gran multitud de réprobos es rechazada, él mismo merece entrar al banquete nupcial, con la espléndida compañía de los elegidos; cuán grande es la dignidad de estar siempre ante la presencia del Creador,

contemplar la imagen de la Verdad más presente; ver a Dios cara a cara, participar en los coros angélicos: donde todos están tan llenos de los gozos presentes, que nunca están preocupados por la adversidad futura: donde, mientras la mente tranquila disfruta de la amenidad de la luz ilimitada, se regocija inefablemente por las recompensas de sus conciudadanos. Allí beben del manantial de la vida tanto los sedientos como los que beben, y al beber tienen sed; porque allí no puede ni la avidez de las pasiones engendrar, ni la saciedad causar hastío. De hecho, al estar siempre ante el autor de la vida, extraen toda la fuerza de la bienaventuranza. De ahí la eterna lozanía de la juventud florida, de ahí la belleza de la hermosura, y el vigor inagotable de la salud. De esa fuente de eternidad perciben, para vivir eternamente, gozar inefablemente: y, lo que es mucho más excelente, fortalecerse a semejanza del mismo Creador. Pues como testifica Juan el evangelista: «Cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (1 Juan III).» Entonces la muerte es absorbida en victoria (1 Cor. XV); y toda corrupción de la naturaleza humana cae por completo. De esta ciudad santa decía aquel santo Tobías: «Las puertas de Jerusalén serán edificadas de zafiro y esmeralda; y todo el circuito de sus muros de piedra preciosa; y todas sus calles serán pavimentadas con piedra blanca y pura; y por sus calles se cantará aleluya (Tob. XIII).» De esta también dice Juan: «Porque cada una de sus puertas era de una sola perla, y la plaza de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente (Apoc. XXI).» De la cual también añadió: «Porque no necesita de sol, ni de luna; sino que la claridad de Dios la iluminará, y su lámpara es el cordero (Ibid.).» Allí, además, la naturaleza humana, que había sido viciada, se regocija purificada de todas las inmundicias de las pasiones, y hecha ázima, persevera en la limpieza de su pureza y sinceridad. Con el espíritu, de hecho, y hecha la carne espiritual, concuerda; y todo el hombre no disiente en absoluto del arbitrio de su Creador. Entonces se cumple lo que el esposo dice a la esposa: «Ven, esposa mía, ha llegado el tiempo de la poda (Cant. II).» Pues cuando se poda un sarmiento, permanece lo que es útil, se corta lo que es superfluo. Así, de la naturaleza humana permanece todo lo que el Creador hizo; pero se quita lo que el diablo añadió. Allí los secretos de cada uno están abiertos a los ojos de todos. Allí las mentes de todos, fundidas en la unión del amor mutuo, no disienten en ninguna variedad entre sí; sino que en el común estudio de la voluntad todos se unen unánimemente. Entre nosotros, cuando se celebra una festividad, no se tiene otra; pero allí siempre hay una alegría acumulada de todas las solemnidades, porque están presentes aquellos que son sin duda la causa de las solemnidades. Allí falta la ignorancia, falta la imposibilidad; porque en la Sabiduría, a la que están unidos, conocen todas las cosas; en el Omnipotente pueden todas las cosas. Allí veremos con el rostro revelado, cómo el Padre engendra inefablemente al Hijo, cómo el Espíritu Santo procede de ambos. Allí veremos cómo aquel que no falta en ningún lugar, no por partes, sino todo está en todas partes, cómo también puede ser que atienda a cada uno como si estuviera libre de todos; atienda a todos como si estuviera libre de cada uno; cómo aquel que prevalece sobre los celestiales, sostiene los fundamentos del abismo; quien penetra en lo más íntimo del mundo, cómo rodea todas las cosas exteriores. Allí la suavidad del olor excede las fuerzas de todos los aromas, supera toda fragancia de ungüentos. Allí los oídos de los bienaventurados son acariciados por la melodía de los órganos de dulzura armónica. Allí, en prados de agradable amenidad, los lirios blancos nunca caen, y las rosas púrpuras con las flores de azafrán no se marchitan. Y ciertamente de esa bienaventuranza eterna de la Jerusalén celestial hay incomparablemente más en la realidad de lo que la mente humana puede concebir; más se concibe en la mente de lo que se puede explicar con palabras. ¿Qué más puedo decir, entonces, de esos gozos de los ciudadanos bienaventurados? Puesto que todos los elementos sirven completamente a su felicísima voluntad, y todo se convierte a su deseo, todo a su arbitrio. En verdad, es cierta aquella sentencia que dice: «Todo lo que quiso el Señor, lo hizo en el cielo y en la tierra; en el mar y en todos los abismos (Sal. CXXXIV).» Y lo que se dice de la cabeza, también es digno de ser

creído de sus miembros. Que Dios omnipotente te introduzca en estos gozos, venerable hermana, y que él mismo sea tu premio, cuando te asuma, quien se hizo precio cuando te redimió. Recomiéndame a Moisés y Aarón, tus guías, es decir, a los santos Vital y Rodolfo, presbíteros; quienes deben saber que, por eso, contra la costumbre de la carta, hemos insertado títulos, para aliviar el doble fastidio de un estilo sin pulir y prolijo.

Bendito sea el nombre del Señor.